

El viejo debate de la CONQUISTA

Por
Mariano Picón-Salas

(Concluye)

Si se ha insistido tanto en el móvil del oro en las empresas de la Conquista, valdría la pena detenerse, también, en otros impulsos que como el de la fama terrenal fué —según la ya clásica definición de Jacobo Burckhardt— uno de los anhelos más entrañables del hombre renacentista. En ese anhelo de fama el conquistador español encarna muy bien el individualismo del Renacimiento, eso sí que de acuerdo con la concepción hispánica, cargada todavía de esencias morales y religiosas de la Edad Media, la gloria terrenal puede a veces conciliarse con la gloria celeste. En una de las cartas de Hernán Cortés se expresa esta curiosa dualidad: "Oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me veían, que si yo era loco y me metía donde nunca podría salir. E muchas veces fuí desto por muchas veces requerido, y yo les animaba diciéndoles que eran vasallos de V. M. y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para V. M. los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó." Podemos hoy —después de varios siglos de Enciclopedia y de crítica religiosa— sonreír o considerar mero tema retórico el que una personalidad tan poderosamente humana como la de Cortés, hable de la gloria celeste, pero hay que tomar en cuenta que la Conquista buscaba su motivo jurídico y religioso en la evangelización, y la idea del Santo guerrero, del "santo cubierto de hierro" y buen jinete, no era de ningún modo extraño a la sensibilidad española. ¿No habría convertido ya la imaginación religiosa de los españoles el culto de Santiago Apóstol en un mito guerrero; no era acaso la patria de aquel tremendo predicador combativo que se llamó Domingo de Guzmán? ¿No iba a surgir, precisamente, en el siglo XVI la empresa de Ignacio de Loyola? Un San Hernán Cortés que nos resulta absurdo desde nuestro ángulo de hoy, parecía mucho menos en el siglo XVI. Si por una parte el siglo XVI español está muy cerca de Italia, y ha penetrado profundamente en Italia para no impregnarse del potente perfume terrenal del renacimiento italiano, las concepciones renacentistas encuentran en España un suelo abonado por no menos poderosas raíces éticas, caballerescas y religiosas de la Edad Media. Su siglo XVI no engendra,

por ello, individualidades tan amorales, tan descreídas, de tan desenfadado intelectuallismo como la de los italianos, sino más bien seres que concilian el llamado "anhelo fáustico" del Renacimiento con un sistema religioso y moral que viene de la Escolástica y de la ética popular, tan vigorosa en España. Ni los conquistadores son todavía hombres de la Edad Media —como tan frecuentemente se ha dicho— ni son enteramente del Renacimiento. Son hombres de frontera que ejemplarizan para España el paso de una a otra edad histórica. Medieval es como ya hemos visto su desprecio por la técnica de la Economía y la organizada empresa mercantil; renacentista el *Plus ultra* que sirve de enseña de sus naves, aquella desazón, aquella hambre de más conocimiento y más espacio que impulsaba a Cortés a abandonar el gozoso disfrute de su conquista

para meterse en el paisaje bárbaro de las Hibueras buscando un paso oceánico más corto para las expediciones a las Molucas, o al setentón Gonzalo Jiménez de Quesada a dejar su ya fundada Santa Fe de Bogotá, su Mariscalato y su respetable papel civil, en una terrible andanza por los bajos llanos tropicales. Cuando parece que ya para siempre se ha librado de las flechas de los indios, de los bejucos, las serpientes y los pantanos de la jungla, sale de nuevo a buscarlos con una como nostalgia del peligro. A lo sanchesco del disfrute se mezcla el quijotismo de la aventura permanente. Casi ningún conquistador logró gozar de su conquista. Más que de los primeros venidos, de los soldados que se ganaron la tierra, las oligarquías hispano-americanas, las que encontrará la Revolución de Independencia en el siglo XIX, se formarán de funcionarios o mercaderes que —como los vizcaínos— llegaron en una época muy tardía de la Colonia.

Otras veces el guerrero es conquistado por su conquista. Se embelesa como Cortés en el paisaje de la tierra, supera el primitivo instinto de botín por otro más sedentario de fundar y quedarse. El impulso social de dejar linaje, de subir en la consideración común, de ascender a

"rico hombre", prevalece sobre el ímpetu inicial de aventura. Y vale la pena comparar, por ejemplo, en la historia de la conquista de Venezuela, de qué opuesta manera procederán los españoles como Lodsada, Díaz Moreno, Villegas, a aquellos empresarios alemanes de la casa Welser cuya presencia en el occidente del país deja tan terrible huella de despojo y despoblación. Mientras que los españoles aspiran a fundar ciudades desde el comienzo, los alemanes arruinan los pocos poblados existentes; abandonan los primitivos centros de vida sedentaria y buscando El Dorado se sumen en el interior del país en una cruenta guerra de rescate. Un empresario alemán como Alfínger parece aun a los broncos soldados españoles del siglo XVI, y en una conquista en extremo dura como la de Venezuela, un arquetipo de crueldad. Sobre esos contabilistas alemanes el trópico y la "guazabara" de indios parece ejercer una influencia más selvática y regresiva, destructora del sistema moral, que sobre la masa de aventureros hispanos entre los que abundaban, naturalmente, los analfabetos.

Tampoco el instinto del conquistador obra siempre como fuerza o valor aislado, sino se completa con lo que podemos llamar el "complejo social" o sea la suma de ideas, sentimientos colectivos y normas éticas de la época. Si fuera insuficiente una Historia elaborada con los materiales puramente públicos, no lo sería menos otra entendida como una adición de biografías, sin ese lazo y coordinación de lo colectivo. Qué concepto del mundo, del hombre y su destino; qué cánones morales regían la sociedad de la época es al estudiar la conquista un problema histórico de tanta dimensión como las aventuras de Cortés o Pizarro. No podemos cortar en nuestra Historia ese cordón umbilical con el mundo hispano del siglo XVI. Es la paradoja de algunas personalidades de la conquista que al mismo tiempo que desatan su tremendo impulso vital, tratan de justificarse o explicarse, también, dentro de un común sistema de ideas. Hasta un auténtico bandido como Lope de Aguirre, una de las personalidades más diabólicas de la conquista, censura en una carta a Felipe II a los frailes que holgazanean en vez de evangelizar, o a los magistrados que no hacen justicia. No es sólo —como diría una crítica racionalista— un espíritu de disimulo o hipocresía, una falsedad segura de sí misma, sino más bien el "complejo social", el Canon de la época. Como individualidades tremendas liberadas, como aquellos héroes hambrientos de acción y de frenesí que puso de moda el decadentismo de fines del siglo pasado; como ejemplares robustos de una humanidad que goza de su fuerza y parece haber roto todas las normas, describe al conquistador Rufino Blanco-Fombona en un libro brillante. Por antítesis, con cierto aire de ñoña santurronería, los retrata el norteamericano Lummis en su

¿Aprovecha usted
todo el servicio
eléctrico que recibe?



CAMARA NACIONAL
DE ELECTRICIDAD

homilía contra la leyenda negra. Lo "demasiado humano" que había en ellos no alcanzaba a emanciparse de todo un nudo de tradiciones y valores morales y religiosos de la vieja España. En el conflicto o acatamiento del individuo a las formas de su época, radica el verdadero problema histórico. Hay que notar, en el caso de la cultura española, otra paradoja. En el momento en que se realiza la gran aventura ultramarina de España, nuevos sistemas de crítica, nuevos valores en el campo de la Política y la Economía, en el conocimiento de la Naturaleza, en la Religión y la Guerra, comienzan a penetrar el organismo europeo. Maquiavelo y los pensadores italianos romperán aquella relación medieval entre los dos mundos, entre lo terrestre y lo divino, entre la Religión y la Política que parece seguir subsistiendo en el Estado-Iglesia de la España de los siglos XVI y XVII. La idea del "brazo secular" apoyando a la Iglesia; del soberano como "espada de la fe" orienta la política española en el instante mismo en que la más flexible y secularizada diplomacia francesa de un Francisco I coquetea con los musulmanes y anhela atraerse al Sultán. En esa imagen hispana del Estado-Iglesia que tan curiosamente resucitaría en Sur América en el siglo XIX un García Moreno, Presidente del Ecuador, el soberano ayuda a la obra divina porque del orden temporal, de la manera como el hombre se prepara en la tierra para ganar el cielo, depende su ulterior destino de salvación. La idea de un libre examen en materia religiosa quebranta aquel fundamento de autoridad que asegura el orden. No

es tanto el fondo moral del Protestantismo lo que importa a los teólogos católicos en su lucha contra Lutero, sino la excesiva individualización religiosa. Frente a la disciplina del estilo romano del Catolicismo, el mundo nórdico reclama su derecho a la experiencia interior, a interpretar los libros sagrados, a simplificar la jerarquía y la liturgia religiosa. Anhela beber en el cáliz reservado al sacerdote, como los husitas de Bohemia. La Iglesia católica y Felipe II reaccionan como un Gobierno conservador moderno ante las reivindicaciones obreras que consideran demasiado audaces, o las consignas de un partido de extrema izquierda. Es la indisciplina; es la Revolución.

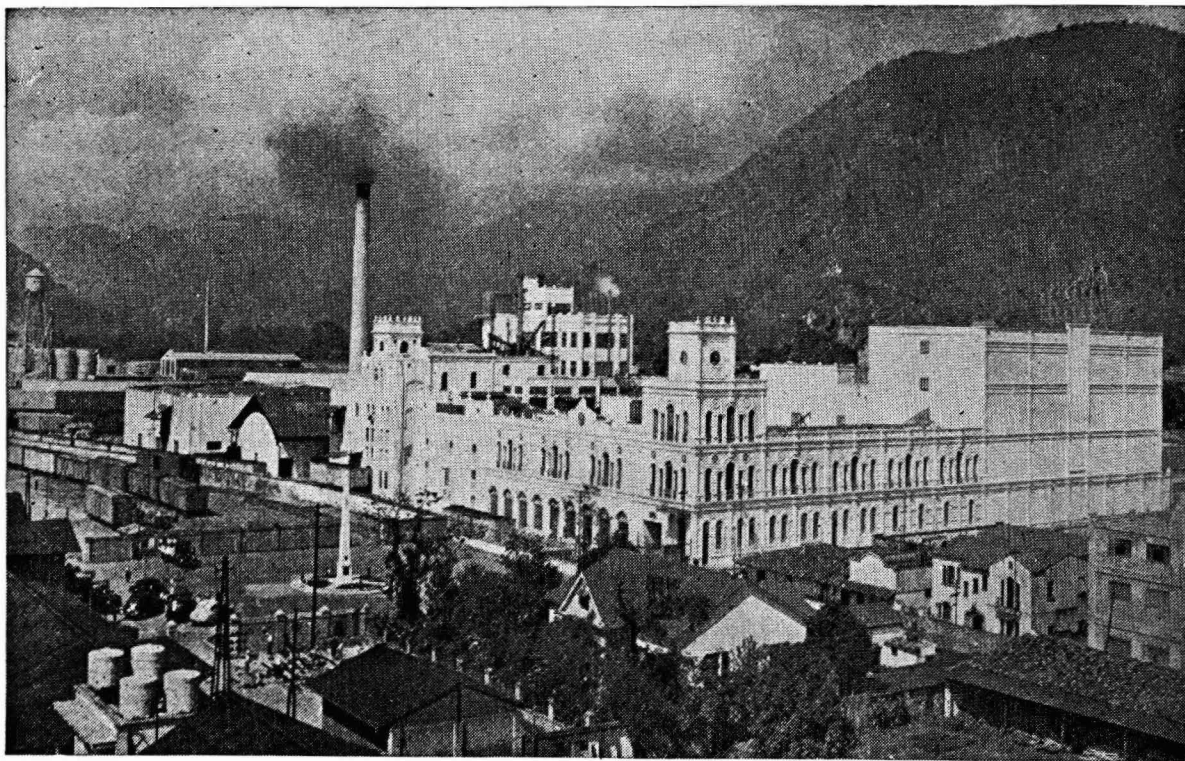
Apostándose contra esa Revolución que venía de la entraña del mundo moderno, brazo secular de la ya última e imposible cruzada religiosa, se levanta el Estado español. Se desangrará y destruirá en las luchas de la Contrarreforma; con fiero y obstinado orgullo se pone de espaldas ante las nuevas formas dominadoras de la vida (Ciencia natural, Economía y Técnica) que comenzaba a elaborar la cultura europea, vela sus propias exequias como aquel misántropo emperador cuyo inmenso poder estaba roído de desengaño y menosprecio.

Fué ese el lado negro, negativo e ineficaz de nuestro origen hispano. Con los nuevos valores que conducirían a la Economía capitalista, al Estado laico, a la Política que renuncia a los "universales" de la Edad Media porque se cifra en el hecho brutal y descarnado, fué interpretada España por el criticismo posterior. Su mundo espiritual permaneció al margen

de esa dinámica de la Historia moderna (libre examen protestante, empirismo naturalista, ideas de la Enciclopedia, positivismo y materialismo del siglo XIX).

Podemos, sin embargo, comprender y valorizar nuestro origen hispano más allá de la tesis conservadora del Estado-Iglesia y de la tesis liberal del siglo XIX que negaba o escarnecía todo lo que no era concorde con esa divinización de la época industrial, tan patente, por ejemplo, en la Sociología de Spencer. La crisis espiritual de la época nos hace contemplar con otra pupila más desapasionada ciertos preteridos valores de la cultura hispánica. En la frontera en que se cruzan la violencia del conquistador con el humanismo ético de las "Leyes de Indias"; en que Las Casas se opone a los encomenderos, nos acercamos, más allá de toda propaganda, a la autenticidad de nuestros orígenes. Si la nueva Ciencia política que nació con Maquiavelo habría de conducir en la Historiografía —al modo de los pangermanistas— a la divinización del hecho cumplido, a la teoría del éxito, a una monstruosa Biología social cuya posteridad degeneración se observa en el nazifascismo de estos días, la cultura española puede reivindicar para sí un idealismo moral que extraído de viejas raíces tradicionales y teológicas (San Agustín, Santo Tomás, el pensamiento jurídico de los Fueros y de las Siete Partidas) se hace presente en la legislación de Indias, y cuando por caminos diversos a los del pensamiento protestante, pensadores como Suárez y Vitoria comenzaban a fundar una moderna teoría cristiana del Estado. Frente

a la separación de Moral y Política en que se empeñaron los teóricos del Estado fuerte, ese idealismo español trataba de integrar lo ético en lo social. Pedía a los hechos que presentaran su título racional, su argumento de validez y abstracta justicia. Por ello, aun contra los intereses inmediatos de España, pudo suscitarse una polémica de tanta resonancia como la de Las Casas y Sepúlveda sobre la Conquista de América. Por ello Vitoria en su famoso tratado *De potestate Ecclesiae* y en los comentarios a Santo Tomás aboga por un derecho universal de los pueblos, superior a la Nación y al Estado. ¿Sería posible, en un Estado fascista de hoy con que con absoluta miopía histórica se ha comparado a veces la España de Carlos V o Felipe II, una polémica semejante? Si desde el punto de vista de la Ciencia positiva ese molde escolástico que hasta muy entrado el siglo XVIII comprimirá el pensamiento español, lo aleja de las corrientes más dinámicas de la Historia moderna, desde otro punto de vista menos utilitario y más alto, contribuye, también, a dar a la vida hispánica su firme estilo moral, esa filosofía de la conducta con que el genio de España conciliaba —como en el extraordinario símbolo de Don Quijote— lo caballeresco y lo cristiano. Como si fuera un contemporáneo de los grandes teólogos de Salamanca, un gran humanista de América, don Miguel Antonio Caro, razonaba así, en pleno siglo XIX, esa concepción intemporal de la Justicia: "El hecho, cuando no tiene ni admite ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón verdadera. Soberbia y locura sería pedir la razón última de las cosas; pero es fuero propio de seres racionales exigir a los hechos que presenten su título como manifestaciones o como agentes de fuerzas superiores. Para que el hecho lleve mis obsequios racionales, yo le exijo que en lo sustancial, aunque no en los pormenores, se apoye en una ley preexistente, o con ella se enlace de algún modo, aun cuando yo no la penetre en sus causas finales. Cuando de lo causal pasamos a lo providencial, cuando de lo que *es* subimos a lo que *debe ser*, cuando del caos, en fin, salimos para entrar en el orden que es calor y luz, el corazón naturalmente se regocija; sosiega y descansa el entendimiento." Ese *debe ser* de la tradición ética de España templó, sin duda, el furor de la Conquista y levantó, paralelamente, la obra de evangelización. Hubo junto a la empresa guerrera un humanismo práctico (no absorto en sueños de belleza como los de la Italia renacentista) sino en anhelo de mejora social, de reparar los crímenes del conquistador, de enseñar y proteger las masas desamparadas como el que ejemplarizaron un Vasco de Quiroga, un Motolinía, un Luis de Valdivia. Ello constituye un legado todavía vigente, de elevadísima solvencia, en la vida cultural y moral de Hispano-América.



CERVECERIA MOCTEZUMA, S. A.

ORIZABA, VER.

Fabricantes de

XX

-

SOL

-

XXX

-

SUPERIOR